

cia de embarcaciones piratas que rondasen el litoral. A los habitantes de los alrededores se les notificaba dicha presencia mediante señales (de humo por el día y de fuego durante la noche). En esta clase de incursiones la sorpresa era un factor capital. Los piratas caían como el rayo sobre sus presas antes de que éstas tuviesen tiempo de defenderse. Luego cogían presurosos todo el botín y los prisioneros que podían y se hacían a la mar antes de que en la ciudad se apercibieran con plena consciencia de lo ocurrido y lograsen organizarse para repeler el ataque.

Una incursión de esta naturaleza aparece, vívidamente descrita, en *Odisea* IX, 39 y sigs. (Traducción de Luis Segalá y Estalella):

Habiendo partido de Ilión, me llevó el viento al país de los cícones, a Ismaro: entré a saco en la ciudad, maté a sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos lo repartimos todo para que nadie se fuera sin su parte de botín. Exhorté a mi gente a que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Bebieron mucho vino y, mientras degollaban en la playa gran número de ovejas y de flexípedes bueyes de retorcidos cuernos, los cícones fueron a llamar a otros cícones vecinos suyos, los cuales eran más en número y más fuertes, y habitaban el interior del país y sabían pelear a caballo con los hombres y aun a pie donde fuese preciso. Vinieron por la mañana tantos cuantas son las hojas y las flores que en la primavera nacen; y ya se nos presentó a nosotros, infelices, el funesto destino que nos había ordenado Zeus a fin de que padeciéramos multitud de males. Formáronse, nos presentaron batalla junto a las veloces naves, y nos heríamos recíprocamente con las bronceas lanzas. Mientras duró la mañana y fue aumentando la luz del sagrado día, pudimos resistir su arremetida, aunque eran superiores en número. Mas luego, cuando el sol se encaminó al ocaso, los cícones derrotaron a los aqueos, poniéndolos en fuga. Perecieron seis compañeros, de hermosas grebas, de cada embarcación, y los restantes nos libramos de la muerte y del negro destino.

Desde allí seguimos adelante con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, a pesar de la pérdida de nuestros compañeros.

Una y otra vez, en los anales de la piratería, las fuerzas del orden podían tomar su desquite porque los piratas no tenían la suficiente paciencia y confianza entre sí y no se ponían a buen recaudo de sus perseguidores sino después de haberse repartido el botín cobrado.

De Aquiles, en la *Iliada*, se nos dice que, entre otras mil cosas, había sido pirata antes de la guerra de Troya. Ulises, como acabamos de ver, encarna a la perfección al capitán pirata por antonomasia en la *Odisea*. En el mundo homérico, pirata es sinónimo de navegante, siendo la piratería una profesión como otra cualquiera, odiosa tan sólo para el que tiene que soportarla (por más que la misma persona que es objeto de rapiña puede convertirse en pirata en la próxima singladura). La cita del canto IX de la *Odisea* que acabo de citar indica también la naturaleza del botín que los piratas arrebatan. Con mucho, la parte más valiosa del saqueo eran los seres humanos. El comercio de esclavos es lo que caracteriza principalmente a la piratería atlántica de los siglos XVI y XVII. No es que los bucaneros desperdiciaran la ocasión de sacar provecho de los negros africanos con destino a las plantaciones americanas, pero la mayor parte de su esfuerzo lo concentraban en la adquisición de bienes inanimados.

Los ingresos obtenidos por la venta o rescate de los esclavos fue lo que dio lugar a la formación de las grandes organizaciones piratas, y las hizo tan poderosas que algunos Estados —arriba quedó dicho— se vieron obligados a pagarles un canon a cambio de su protección (como ocurría con los *gangsters* en Chicago y en Nueva York en tiempos de la Ley Seca). El comercio de esclavos llegó a adquirir tal importancia que, en su apogeo, se llegaron a reconocer mercados de liquidación como el de la isla de Delos, en el Egeo, donde los cautivos de todas las costas del Mediterráneo eran conducidos y posteriormente vendidos, como si se tratase de un mercado legítimo.

Los fenicios de los tiempos homéricos tenían virtualmente el monopolio del tráfico comercial en el Mediterráneo. Era ellos quienes traían de Oriente las joyas, las especias y las sedas, los que las transportaban a través del desierto (siempre y cuando no se las hubiesen arrebatado antes a sus proveedores los activos habitantes de la Costa de los Piratas arábica), las descargaban en sus puertos y desde allí las conducían a las ciudades del Egeo y a ambas orillas del Mediterráneo occidental. No sólo fueron los primeros navegantes y los primeros comerciantes de su época, sino también los colonizadores de distintos lugares del Sur de Francia, de España y del Norte de Africa. Como auténticos mercaderes que eran, colonizaban con el único propósito de crear mercados para su propio comercio, y, conforme sus empresas fueron ganando terreno, extendiéndose más y más por la costa occidental de Africa, su comercio se fue enriqueciendo de una menra inusitada. Empresas que los condujeron al Norte, tan misterioso y turbulento entonces, en busca del precioso ámbar del Báltico o del estaño de Britania, que traían a Tiro y a Sidón para canjearlos por los géneros del Oriente. Y aun se cree que llegaron a dar la vuelta a Africa, como atestigua el *Periplo* de Hannón.

Los griegos de la misma época, menos ricos que los fenicios y con no demasiadas aptitudes para la navegación, fueron los enemigos naturales de sus ricos vecinos de Oriente. Pueblo inquieto e intrépido, los griegos se encontraban en una posición excelente para obstruir casi todas las rutas comerciales conocidas por los fenicios, y podían espiarlos, interceptar sus naves mercantes y esconderse en las innumerables ensenadas y caletas que jalonan el extenso litoral de la Hélade. Tal vez exageraba Montesquieu cuando afirmó que todos los griegos de la época arcaica fueron piratas. Pero no faltaron momentos en la historia de Grecia en que la actividad principal y más lucrativa de las regiones marítimas de la península helénica fue la piratería. Parece muy probable que, al terminar la guerra de Troya, muchos otros héroes, además de Ulises, encontrarán en la piratería el modo de pasar el tiempo y ganarse la vida. Era un fenómeno corriente en las grandes guerras el que los marinos que volvían a la patria se incorporasen a una banda de piratas, a falta de otras perspectivas (análogo proceso condujo al bandidaje a Jesse y Frank James y otros combatientes de la Confederación tras la guerra civil norteamericana).

Durante la mayor parte de esta época los fenicios no poseyeron una flota guerrera adecuada para responder al enemigo. Las incursiones de los piratas griegos eran el

tributo que tenían que pagar a cambio de su floreciente comercio marítimo. Y no es que los fenicios fuesen mejores que sus enemigos. A veces, al llegar a un puerto griego bajo la apariencia de simples comerciantes, los fenicios extendían sus mercancías en cubierta e invitaba a los nativos a que subieran a bordo a examinarlas. Los clientes eran principalmente mujeres. Cuando veían que el número de futuras esclavas era suficiente, levaban bruscamente anclas, y las damas griegas se convertían en un instante de compradoras en objeto de compra.

Fue, no obstante, un fenicio, uno de los Minos reyes de Creta, quien, como dije antes, realizó con éxito el primer intento para limpiar el Mediterráneo de piratas. Su dinastía, de origen pirata, estableció en Creta, un par si siglos antes de la guerra de Troya, un poder militar formidable. Para defender el comercio, la gran fuente de sus riquezas, Minos utilizó los frondosos bosques de su isla para construir la escuadra más poderosa que el mundo conoció hasta entonces, y procedió a cazar y destruir sin piedad a sus antiguos colegas, sin reparar en su raza ni en el color de sus ojos. La posición de Creta, casi en el encuentro de las rutas de navegación por el Mediterráneo, le permitía saber prácticamente todo cuanto ocurría en las aguas griegas adyacentes, y muy pronto su indomable energía puso freno a las tribus helénicas. Estas se vieron obligadas a aceptar un acuerdo, según el cual no podían tener naves tripuladas por más de cinco hombres, con la única excepción de la nave *Argo*, que se les permitió conservar como defensa contra otros piratas. La historia de Teseo y la de los Argonautas quedan así «historicadas» de una manera un tanto simplista, pero que a buen seguro hubiese hecho las delicias de todo un Evémero de Mesene.

Durante la vida de el Minos cretense, el comercio por el Mediterráneo se mantuvo relativamente seguro. A su muerte, el poder naval de Creta declinó rápidamente, los griegos se apoderaron de Creta y de nuevo volvieron a multiplicarse los piratas. En el canto XIV de la *Odisea*, Ulises conversa con el porquerizo Eumeo, que aún no lo ha reconocido, y le cuenta que es un cretense amigo del piratear. Estas son sus palabras (traducción de L. Segalá y Estalella):

Por mi linaje, me precio de ser natural de la espaciosa Creta, donde tuve por padre a un varón opulento... No me gustaban las labores campestres, ni el cuidado de la casa que cría hijos ilustres, sino tan solamente las naves con sus remos, los combates, los pulidos dardos y las saetas, cosas tristes y horrendas para los demás, pero muy gratas para mí, por haberme dado algún dios esa inclinación, que no todos encontramos deleite en las mismas acciones. Ya antes de que los aqueos pusieran pie en Troya había capitaneado yo nueve veces hombres y naves de ligero andar contra extranjeras gentes, y todas las cosas llegaban a mis manos en abundancia. De ellas me reservaba las más agradables y luego me tocaban muchas por suerte; de manera que, creciendo mi casa con rapidez, fui poderoso y respetado entre los cretenses... Luego me incitó el ánimo a navegar hacia Egipto, preparando debidamente las naves con los camaradas semejantes a dioses. Equipé nueve barcos y pronto reuní la gente necesaria... en cinco días llegamos al río Egipto, de hermosa corriente, en el que mandé detener las corvas naves. Entonces... envié espías a los lugares oportunos para explorar la comarca. Pero los míos, cediendo a la insolencia, por seguir su propio impulso, empezaron a devastar antes de tiempos los hermosos campos de los egipcios, y se llevaban antes de que yo lo ordenase a las mujeres y a los niños, y daban muerte a los varones...

De nuevo se han precipitado los piratas, lo que nunca presagia nada bueno. Los egipcios acuden, deseosos de representar más tarde esa batalla sobre los muros de Madinath Habu, y Ulises, viendo que sus compañeros mueren por todas partes, pide clemencia al Faraón.

Allí me detuve siete años y junté muchas riquezas entre los egipcios, pues todos me daban alguna cosa. Mas, cuando llegó el octavo, se presentó un fenicio muy trapacero y falaz, que ya había causado a otros hombres multitud de males; y, persuadiéndome a fuerza de ingenio, me llevó a Fenicia, donde se hallaban su casa y sus bienes. Estuve con él un año entero; y tan pronto como, transcurriendo el año, los meses y los días del mismo se acabaron y las estaciones volvieron a sucederse, urdió otros engaños y me llevó a Libia en su nave, surcadora del Ponto, con el aparente fin de que le ayudase a conducir sus mercancías, pero, en realidad, para venderme allí como esclavo por un precio cuantioso...

Como no podía ser menos, los fenicios tenían que salir malparados en un relato protagonizado por un aqueo. En sus *Etiópicas*, Heliodoro de Emesa describe la persecución de una nave mercante fenicia por un pirata cretense; se trata de una descripción típica de persecución y ulterior abordaje, de las que no faltan en la novela griega, en la que los piratas ocupan un lugar permanente y desempeñan un papel que, aunque secundario, es imprescindible, pues son la causa de la separación entre los protagonistas, los venden como esclavos, vuelven a capturarlos más tarde, posibilitan su reunión..., constituyendo en suma, una presencia familiar en la novela grecorromana y su continuación bizantina, a lo largo del Medioevo. Son, entre otros, los famosos *piratae Tyrrheni*, pues los etruscos siempre tuvieron aura de piratas.

El príncipe de los piratas de los tiempos posthoméricos fue Polícrates, tirano de la isla de Samos (siglo VI antes de Cristo). En la época de su apogeo como gobernante llegó a poseer más de cien embarcaciones de guerra y fue el amo y señor de las aguas del Egeo. Finalmente, al derrotar a las flotas piratas de Méliata y Lesbos, llegó a ser el dueño absoluto del litoral de Asia Menor, desde donde podía dirigir el decadente poderío de Fenicia a su antojo y combatir con éxito a los siempre terribles piratas de las costas de Cilicia. Sin embargo, aun en los días de mayor poder, en pleno disfrute de su condición de gobernante legal, Polícrates no pudo curarse del hábito que lo había conducido hacia tanta grandeza. Polícrates siguió, en una palabra, comportándose como un pirata. Las naves extranjeras sólo podían circular por el Egeo con su permiso, previo pago de un tributo; de lo contrario, eran inmediatamente confiscadas. En cierta ocasión, llegó a interceptar el intercambio ritual de regalos entre unos soberanos colegas suyos mandando detener un barco oficial que Amasis, faraón de Egipto, enviaba a Lacedemonia con la ofrenda de un corselete de lino bordado con tisú de hilo de oro, y a Lidia con la de una magnífica fuente ricamente adornada con piedras preciosas que iba destinada al famoso Cresos, el rey lidio famoso por sus riquezas. Todo esto nos lo cuenta Heródoto con su estilo insustituible.

Polícrates, como muchos otros hombres favorecidos por la fortuna, sabía dar buen empleo a su dinero. Convirtió Samos en la ciudad más rica de su tiempo y en la